

Un paseo por los sentidos de 1898: Análisis de *Puente de Vallecas*, relato de Eugenio Noel

Trifón Abad López
Universidad Complutense de Madrid
trifon.abad@hotmail.com

RESUMEN

El olvido hacia la figura de Eugenio Muñoz Díaz -conocido como Eugenio Noel- es una de las injusticias literarias más funestas de las letras hispánicas. A pesar de su excelso nivel cultural y su exquisito uso del lenguaje (revestido siempre de un ácido e inteligente sentido del humor, ricas referencias a la tradición clásica y una gracia tan afilada que, para muchos críticos, roza el esperpento), injustamente se le recuerda únicamente por su cruzada antitaurina. En *Puente de Vallecas* Noel invita a un paseo por el Madrid de primeros del siglo XX, que recorre tanto en el barrio vallecano como el centro de la ciudad. El gusto, el olfato y el tacto adquieren un notable protagonismo en este sabroso relato rebotante de humanidad y cargado de humor, que se presenta como un caleidoscopio de la capital tras la crisis del 98.

Palabras clave: Noel, Madrid, humor, sentidos, sociedad.

ABSTRACT

The general oblivion of Eugenio Muñoz Díaz -known as Eugenio Noel- is one of the more unfortunate injustices of the Spanish Literature. In spite of his exceptional cultural level and his exquisite use of language (always peppered with an acid and intelligent sense of humor, rich references about the classic tradition and a grace so sharpened that, for many critical, grazes the "esperpento"), he is unjustly remembered just because his antibullfighting ideology. *Puente de Vallecas* invites us to a walk across Madrid -after 98's war-. Taste, sense of smell and tact acquire a remarkable protagonism in this flavorful tale, full of humanity and loaded of humor, that appears like a kaleidoscope of the spanish capital.

Key words: Noel, Madrid, humour, senses, society.

Una ciudad moderna ofrece miles de posibilidades en las que apreciar el desarrollo de los sentidos. Madrid, si cabe, aún más: el olor humano, el de la contaminación, los sonidos de los vehículos y de las obras, las vistas de edificios alineados o formando desordenadamente una gris marabunta de cemento y vidrio... El relato del que trata este ensayo es *Puente de Vallecas*, un fresco que transcurre en la capital española, que tiene al pueblo de Madrid como protagonista coral y a través del cual, el autor ejerce una crítica a la pasividad del pueblo madrileño tras la pérdida de Cuba. Este cuento, que a ratos se antoja un mapa del Madrid de primeros de siglo construido con letras, fue escrito por el magistral Eugenio Noel, un autor inexplicablemente olvidado y relegado a la figura del intelectual opuesto a lo taurino. Si bien, esa fue una de sus facetas más destacadas, resulta incomprensible cómo la historia literaria ha podido dejar de lado a un autor con una riqueza y calidad tales como las que atesoraba Noel. Una tendencia al barroco más logrado rebosa en muchas de sus obras más destacadas, si bien su implacable honestidad y su sentido crítico abonan parte de su obra, que paralelamente constituye un nutrido conjunto de artículos periodísticos, pero su papel de periodista no le impidió continuar escribiendo novelas cortas y ensayos culturales.

Interesado por el derecho, por la política y el periodismo, defensor de los desheredados, escritor nutrido de firmes valores humanos curtidos por una educación católica que acabó repudiando, de naturaleza bohemia y heredero tardío de una literatura preocupada por la regeneración de España, la personalidad de Noel fue su mayor impedimento para alcanzar la fama. Su carácter controvertido es quizá la mayor barrera para que aún hoy no se le reconozca su excepcional calidad literaria, sin duda comparable a los grandes escritores sagrados de su generación y apreciable en obras como *Las siete cucas* o *Las Capeas*.

Se trata de un autor clásico en su estilo, con una riqueza léxica inigualable, realmente fuera de lo común, a la vez era un personaje castizo, en el doble y amplio sentido de esta palabra: tanto en su autenticidad y carácter genuino, como en su vertiente literaria, enormemente prolífica en los campos de la literatura y el periodismo. Pero a la vez, Noel es un autor moderno, cuya gracia se puede considerar paralela al esperpento, un escritor comprometido que quería romper con la rancia mentalidad anquilosada del caciquismo castizo de su España contemporánea y para ello hacía gala de un descaro y una sinceridad directos difíciles de encontrar más allá de

sus contemporáneos. Nada es comedido, racional ni medible en Noel, su pasión en las letras era paralela a la que atesoró en vida -fue enérgico y activo defensor de la postura antitaurina, como tantos escritores de su generación- pero a la vez su literatura es un ejemplo de la más asombrosa solidez estructural, una inteligencia argumentativa descomunal y ejemplar dominio del adjetivo.

En los cuentos de este prolífico autor resulta frecuente hallar parajes urbanos, de diversas ciudades, entre ellas, como no, Madrid, la ciudad que le vio madurar. Tal es el caso de su obra *España fibra a fibra*, una de sus obras capitales, en cuyas páginas recorre la geografía española empuñando una mezcla de orgullo por la materia bella que construye la identidad española y las necias costumbres que envilecían nuestra imagen en el exterior. Entre estos escritos encontramos tres que se circunscriben al entorno madrileño; aunque no con tanta amplitud y profundidad geográfica como lo hace en *Puente de Vallecas*.

Noel es el principal representante del noventayochismo más ácido e irónico. Su uso de unas imágenes totalmente visuales y explícitas, junto su amplio conocimiento del refranero y de las sentencias populares, le permite aplicar un humor satírico, inunda al lector hasta embriagarlo de simpatía y lo aborda en una doble perspectiva: divertir y denunciar. En la narrativa de Noel la simbiosis entretenimiento e información crítica es indisoluble.

1. EL GUSTO Y EL OLFATO EN PUENTE DE VALLECAS

En la primera frase de *Puente de Vallecas*, el escritor muestra todas sus cartas: *El mil ochocientos noventa y ocho no ha tenido aún su historiador; un extranjero no sirve para el caso y un español se muere de vergüenza si tiene corazón para decir la verdad*. El cuento se enmarca en el barrio de Vallecas y comienza el 4 de julio de 1898 en una taberna, lugar donde "los madriles" se reúnen a maldecir contra los gobernantes y contra ellos mismos por la catástrofe de la derrota. Pero nada más lejos de la realidad, en "La Bota de Vino", la primera conversación entre dos arrieros de Vicálvaro es:

- Pero... ¿torea "Salero"?
- Hombre, como torear, dicen que sí, pero que...

Este es el verdadero cometido de Eugenio Noel en este relato: criticar al pueblo por mostrar indiferencia ante la situación política y por centrar su absoluta preocupación en el ocio y la "fiesta nacional". Un pueblo, el madrileño, que olvida la realidad social del país gracias al entretenimiento de una corrida de toros. Por ello introduce sus letras con una nota extraídas de Tolstoi: *es preciso que conservemos siempre al pueblo algo hambriento, a fin de poderlo inducir a que trabaje con nosotros*. Este hambre sería en el relato la identidad nacional, España es un país donde se bebe, se come y se va a las fiestas del barrio; una batalla en el mar del Caribe queda muy lejos.

Tras una larga introducción -dirigida en muchas ocasiones al lector en segunda persona con un estilo directo y ácido- repleta de documentación exhaustiva y rica en datos, con un claro carácter periodístico más cercano a la columna de opinión que al relato literario, la acción comienza con la conversación de los arrieros, que se temían que, con motivo de la derrota bélica no se celebrasen *los festejos de la Virgen del Carmen del Barrio del Sur, puente de Vallecas y Nueva Numancia, todo en una pieza*. Y *la supuesta supresión les irritaba en gran manera*.

Pero, tendremos ocasión más adelante de analizar el contexto político de la obra; por el momento nos centraremos en la primera alusión directa a los sentidos que Noel ofrece en sus páginas. En la bota de vino a amalgama de olores y sabores que Noel describe son el entrante de la degustación de esta ponencia. No es un plato de buen gusto, pues

si las ganas de comer eran muchas, las de protestar, a las dos cucharadas, eran de padre y muy señor mío. Sardinas rebozadas con huevos puestos por las gallinas del mismo arca de Noé; sartas de chorizos rellenos de serrín, betún y tinta; caldo de gallo inglés que reñía en el vientre con la saponosa del jugo pancreático; callos con guindilla de Guadix, que pica en el paladar de tal modo que produce rabia fulminante; fabadas espeluznantes que olían a salas de operaciones en un hospital; cabezas de carnero asadas tres meses atrás, de sesos de personas y con la lengua dura como un boyero de Alcobendas.

¿Siguen con apetito? Esta es sólo una breve parte de la maravillosa enumeración que a lo largo de dos páginas Noel nos regala sobre la comida que prepara Doña

Misterio, gastronomía que nos deja una repugnante ranciedad en el paladar con sólo imaginar lo que las letras esconden.

En cuanto a la sonoridad de las conversaciones que se escuchan en "La bota de vino", ¿qué hay más conseguido que la soez manifestación oral de los personajes? El lenguaje "caló chulesco madrileño" de los clientes comunes de la taberna permiten retraerse temporalmente hasta el barrio donde se desenvuelve la acción, en la zona entre el Puente de Vallecas y Pacífico. El señor Moyano, propietario de la taberna, no se resigna a que las fiestas del barrio se suspendan por el luto impuesto a raíz de la derrota bélica en el Caribe. Todo a lo que él aspira es a que se celebre una corrida de toros, afición a la que el autor se opuso durante toda su obra y su vida, ocasionándole en no pocas ocasiones agravios físicos. Esta aclaración resulta pertinente porque parte de esta ponencia se centra en la muchedumbre reunida en torno a la plaza de toros, los olores:

el olor de la multitud; sudor de aquellos labriegos y trabajadores, de los huertanos de la China, de Aceiteros y Estación; el hedor del sebo, calderas humeantes donde se debían freír demonios vivos; el calor del sol; el ardor de la sangre; las bocanadas que salían de los barriles de escabeche de besugo, las latas del de rueda, las mugrientas cajas de las sardinas; el humillo de las trévedes, sartenes y ollas y puestos de churros; el aliento fétido del Abroñigal.

Este fragmento muestra el paroxismo desbocado de Noel es capaz de transmitir sensaciones por medio del cómputo, es capaz de inducir al lector a respirar el hedor, le permite vislumbrar al gentío sudoroso en pleno mes de julio; la mezcla de tufos que se condensa en el aire en las afueras de la plaza antes del espectáculo, casi obliga al lector a taparse la nariz para descubrir después, sorprendido, que se encuentra delante de un libro que huele como todos los libros.

Quizá alguno de ustedes, si es que llevan el suficiente tiempo en Madrid, haya escuchado antes hablar del Arroyo Abroñigal, que se encontraba alrededor de Puente de Vallecas y Pacífico. Una ley de 1878 expulsó del centro de la ciudad aquellas actividades industriales o artesanas que molestaban por su pestilencia o por sus ruidos, muchos de esos gremios se agruparon en el suroeste de la capital, en torno al mencionado arroyo. Dice Noel, son su siempre presente sorna:

Los alrededores de las grandes Capitales del Universo suelen ser lo más bello de la capital misma. La ciudad es una fábrica por la que centenares de limpios pasadizos llevan a higiénicas viviendas.

La parte central de la narración se centra en los alrededores del Abroñigal, cauce que se desbordaba a menudo provocando numerosas inundaciones y no menos muertes a causa de éstas. Pero prestemos atención a lo que Noel, con su habitual sorna e ironía, dice del riachuelo:

era un arroyo cuya agua se recomendaba a los desesperados. Constituía un suicidio cómodo y excesivamente económico. Bastaba respirar sus emanaciones para sentirse morir o morirse de una vez sin la Unción. Precisamente porque este agua infecta era una epidemia endémica, una vergüenza indigna de la capital de un país, se conservaba con un amor y veneración tales que a quienes intentaban desde el periódico o la tribuna desviar el cauce, se les injuriaba groseramente. Atentar contra el madrileñísimo arroyo del Abroñigal era herir lo típico, lo pintoresco, lo castizo. Constituía un símbolo, trágico, pero que nos representaba gallardamente,

y sigue,

Hoy que estamos muy escarmentados, no podemos explicarnos cómo se adoraba este arroyo, precisamente porque era sucio, porque asesinaba pulmones, porque arrastraba porquería "con mucha honra", y lo hacía impunemente, al aire libre, por riñones.

Resulta curioso que los ciudadanos del barrio consideraran el riachuelo pestilente y desagradable y que, sin embargo, le profesaran un asombroso cariño, aceptado en calidad de costumbre por apego a un sentimiento de orgullo racial que el escritor madrileño repudiaba. Pero estos sentimientos patrios se recogen en el cuento de Noel como auténticos documentos históricos. Los calificativos de Noel vuelve a incrustar en la nariz del lector las péfidas consecuencias la suciedad, la ironía y el las inteligentes metáforas del autor sumergen a uno en las aguas del Abroñigal, cuya fonética, ya de por sí, alude a palabras de aspecto físico poco atractivo, como "boñiga" o "albóndiga". Ejemplo perfecto de estas imágenes es la siguiente:

Si, imitando a los antiguos escultores que gustaban representar los ríos en mármol, un español hubiera querido esculpir el Abroñigal, hubiera ideado un hombre tendido a lo largo enseñando todo por los agujeros de sus harapos, y con cara de haber salido del presidio la víspera.

Por último, no podía dejar de lado otra de las magníficas enumeraciones del autor, esta vez referente al ruidoso tumulto de la gente, a las sensaciones auditivas de aquella tarde festiva alrededor de la plaza, impregnadas a la vez por las múltiples alusiones al consumo de vino; esta vez es el oído el que se activa al percibir al tumulto vociferando en un ir y venir infernal:

los gritos de los vencedores, el llanto de las criaturas, los cantares de los ciegos, las explicaciones de los que invitaban a ver monstruos, fenómenos, tías con barbas, pulgas sabias y otras cosas dignas de verse, los sonos metálicos de los pianillos, el fragor de las riñas, los aplausos que salían de las tabernas por las que desfilaban tocaores y cantaores gitanos, los lamentos de millones de mendigos con los brazos secos, el paso a la fuerza de caballos, carros y coches, el rasgueo de las guitarras... sofocaban, producían congestiones, desmayos, mareos y el viejo consultorio clínico se llenaba con pretendientes a muertos.

Entre estos frescos sociales, en los que el pueblo grita, huele y se agolpa sudoroso, se esconde en el relato una exacta descripción de todo el barrio, un estudio geográfico exacto y extenso que ilustra cómo era el Madrid de primeros del XX, donde el centro y los alrededores se separaban por unas calles. Desde Cuatro Caminos a Acacias, de Acacias a Carabanchel, la Puerta del Sol... toda la ciudad es recorrida como si se avistara desde un helicóptero. Leer este cuento es salir a pasear con Noel por un Madrid color sepia.

En general suele hablarse sólo de cinco sentidos, olvidando un sexto que poseemos los humanos y sin el cual no nos sería posible soportar el monótono sopor al que sometemos diariamente a los cinco restantes: hablo del sentido del humor. Es de entre todos, el que más destaca en un relato que se lee entre la complejidad semántica (en muchos casos por el desuso de ciertos términos de jergas desaparecidas) y el placer del humor de Noel: irónico, grave, rotundo y ágil, hiriente y

rozando la condolencia a la vez, respetuoso y malintencionado: un contradictorio sentimiento de amor-odio hacia su Madrid, su querido Madrid.

2. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Para este breve ensayo no he recurrido a fuente alguna más que al propio texto original de Eugenio Noel, integrado en una recopilación cuya nota bibliográfica es:

PARREÑO, José María (1997): *Clarín, Noel, Pérez de Ayala y Salaverría, Cuentos del 98*, Madrid: Clan Editorial.